



Vicisitudes de una modernidad fragmentada

Ricardo García Duarte¹

Artículo recibido: 2011/05/02
Artículo aprobado: 2011/05/25

“Ser moderno no es encontrarnos en un medio ambiente que nos promete aventura, poder, alegría, crecimiento, transformación de nosotros mismo y del mundo —y que al mismo tiempo amenaza con destruir todo lo que tenemos, lo que sabemos, lo que somos. Los ambientes y las experiencias modernas cruzan todas las fronteras de la geografía y la etnicidad, de las clases y la nacionalidad, de la religión y la ideología: en este sentido, puede decirse que la modernidad une a todo la humanidad. No obstante, esta unión es paradójica, es una unión de la desunión: nos arroja a un remolino de desintegración y renovación perpetuas, de conflicto y contradicción, de ambigüedad y angustia”.

“... y pese a que es probable que muchas [personas] experimentan la modernidad como una amenaza radical a su historia y a sus tradiciones, ella, en el curso de cinco siglos, desarrolló una historia fértil y una tradición propia”.

Marshall Berman, Brindis por la modernidad.

La modernidad no es algo distinto a la conquista del *hecho social* por la racionalidad. (Weber, M.: 1967, 1977). Esta se instala, de manera envolvente y desprovista de sentimientos, en el eterno camino que va del hombre a las cosas y de éstas a aquél. También se introduce, claro, en el vínculo permanente que une a los hombres entre sí, cuando usan las cosas o cuando las

transforman: las materiales y las inmateriales, se entiende.

La racionalidad, siempre según Weber, es la adecuación del medio al fin, sin las ilusiones a que dan lugar la superstición o el imaginario que deviene invocación, o la representación religiosa, que después de insuflar el soplo vital que la justifica, se apodera del alma de sus creadores. La racionalidad es sobre todo la autocomprensión que el sujeto logra cuando, rompiendo las ligaduras inmutables de la trascendencia, se deja



¹ Profesor universitario. Ex-Rector Universidad Distrital Francisco José de Caldas. Director del IPAZUD.

arrastrar por la tentación desoladora de la inmanencia. (Negri y Hardt, N.: 2001). Pero la modernidad no es sólo la emergencia de la racionalidad; también es su profusión.

Matriz de racionalidades

Con la emergencia de la racionalidad sobreviene su multiplicación, de modo que no una sino diversas racionalidades buscan acomodo en la vida social. Para decirlo de otra manera, la modernidad es la *aparición articulada de distintas racionalidades*. De ahí que una modernidad democrática sólo se entienda desde la posibilidad de la convivencia entre *distintos* espacios sociales, cada uno de ellos en posesión de su *propia* racionalidad. El punto de partida tendría que ser la tendencia indeclinable a una mayor horizontalización de las relaciones entre esos distintos espacios sociales, sin que uno de ellos se imponga sofocadoramente sobre los demás. Eventualidad ésta que exige la necesidad de reglas (de derecho, de ética, de participación) que permiten la negociación entre estos espacios.

Un espacio social, o una esfera, es el mercado, por ejemplo, y su núcleo articulador (como diría Marx, su “célula”) es la mercancía. La lógica que le da sentido es el intercambio, que si se deja poseer por el dominio ineludible del capital, da pie a la lógica de la ganancia.

Entre ésta y el intercambio, y entre los dos y el anclaje que les proporciona el valor de uso, se mueve la racionalidad del mercado. (Marx: 1966).

Otra esfera es el Estado, que le da orden al ejercicio del poder y cuya racionalidad se desenvuelve entre la administración de éste, la búsqueda de *hegemonía* y la obligatoriedad coercitiva. Junto al Estado; se erigen en esferas particulares, la ley, la política y la insti-

tucionalidad. La primera de ellas está dotada de una lógica reguladora, abstracta e impersonal; la segunda, de una lógica conflictiva a la vez que participativa, mientras que la tercera está asistida por una lógica organizadora.

Cuando se habla de modernidad hay que entenderla no como una racionalidad a retazos, sino como una *matriz* que se instala transversalmente a las esferas independientes. Y que se impone legítimamente, lo que va impreso en las reglas prevalecientes, pero también en la conciencia de los actores sociales dominantes. Desde estos se transfiere a los grupos subalternos, lo que ya implica una extensión significativa de la racionalidad en el ámbito social desplazando la fuerza dominante de la representación mágica que la precede.

En la modernidad hay racionalidad, pero también autonomía. No se trata de sustituir el imperio de lo sacro por el de la razón, como una forma alterna de dictadura espiritual. Se trata de una racionalidad que da paso al mismo tiempo a la autonomía de las esferas sociales. Es, si se quiere, una disociación consentida, que atraviesa cada campo social y que permea las reglas generales.

Racionalidad y autonomía

Desde el punto de vista espiritual, la racionalidad es la nueva estructura de la sociedad moderna, del mismo modo como la autonomía lo es desde el punto de vista material.

La racionalidad es algo que fluye en el vínculo espiritual del sujeto consigo mismo, con los demás y con la naturaleza. Mientras tanto, la autonomía es el estatuto del individuo respecto de las entidades que lo trascienden. Así, racionalidad y autonomía surge como los dos componentes básicos de la modernidad. Solo que ambos, siendo com-





plementarios, desarrollan también su propia tensión recíproca. Ambos van de la mano, y cada vez que el primer elemento comienza a imponerse en algún campo nuevo de relaciones sociales, el segundo se impone en la misma proporción. Pongamos por caso la política o la ciencia: cuando dichos campos entran en la órbita de la racionalidad, experimentan un proceso de separación (es decir, de autonomía) frente a las estructuras sociales a las que estaban subordinados; por ejemplo, frente a la religión.

Pero también los dos elementos, racionalidad y autonomía, desarrollan tensiones mutuas si se piensa en el hecho de que la autonomía tiene derivaciones hacia la fragmentación de los espacios sociales incluso, hacia la atomización, sin que la racionalidad consiga el restablecimiento de la cohesión. Si sólo hubiese autonomía, sin racionalidad, habría desorden. Si hubiese racionalidad sin autonomía, habría racionalismo autoritario.

Una modernidad relativamente acabada es la que consigue hacer compatibles un proceso amplio e intenso de autonomía social con un alto nivel de racionalidad en el conjunto social. Una modernidad inconclusa o trunca es aquella en la que el proceso de organización social se convierte en desarticulación pura. En esta modernidad inconclusa hay separación de los individuos o de los grupos, pero no autonomía en ellos; hay fragmentación de diversos sectores sociales, pero no hegemonía de la estructura racional en el conjunto de la sociedad.

Transición a una modernidad acabada

La clave de este truncamiento estriba, quizá, en las dificultades que una determinada sociedad presenta en su *transición* hacia la

modernidad. Hablar de modernidad implica por fuerza hablar de transición entre una sociedad premoderna y una apoyada en la modernidad. Esta última, por definición, hace referencia a una estructura social y espiritual de carácter nuevo (modernidad = calidad de lo nuevo); algo que supone necesariamente la existencia previa de una estructura distinta, vieja y desprovista del núcleo cultural de la que para el caso ha de ser considerada como el modelo de referencia; esto es, la sociedad moderna.

Así, la existencia simultánea de ambos paradigmas de sociedad conduce al problema del cambio del uno por el otro; y es evidente que, en términos sociales, el modelo de la sociedad moderna no puede surgir del vacío, no es una emanación *ex-nihilo*. Al contrario, al surgir de entre las ruinas de la sociedad que la precede, arrastra pesadamente el lastre que ésta le entrega como legado; algo parecido a lo que sucede con la Casa Usher descrita por Edgar Allan Poe. Hay que cargar con estructuras desvencijadas que se resisten a caer, y también con los espectros que la habitan. En unos casos sometiénolos; en otros, sometida por ellos. El ser vivo, que naciendo comienza a desarrollarse, tiene que soportar sobre sus hombros el muerto viviente que recibe como herencia.

En ese sentido, el advenimiento de la modernidad significa una *transición*. Es el camino que va desde la sociedad premoderna a la moderna. La primera ha estado revestida de una índole rural, vertical y más o menos comunal, en términos de unidad parental, pero asimismo fragmentada; en otras palabras, ha tenido un carácter fuertemente *heterónimo*. La segunda, en cambio, es *autónoma* y racional, y más o menos individualizada, pero cobijada bajo parámetros de legalidad, y asimismo provista de una heterogeneidad, rete-

nida sin embargo por un sentido de responsabilidad que cada conciencia individual se apropia para sí. (Durkheim: 1995).

Ahora bien, esta transición puede ser registrada como un proceso histórico y concreto, en la medida en que tiene que ver con las formas particulares con las que cada sociedad resuelve sus accidentes, sus conflictos, su desarrollo. Unas élites, unos grupos y clases determinados interactúan en el tiempo, expuestos a la influencia del medio y al ritmo de los tiempos.

Colombia o la modernidad inconclusa

La modernización, que no necesariamente modernidad, de Colombia se ha llevado un largo siglo o casi. Aunque ha sido un proceso sostenido (eso sí, lento y timorato) ha tenido momentos en los que ha experimentado súbitos impulsos, como el que incluyó la última parte de los años veinte y la década del treinta del siglo pasado, o como el que se vivió durante los años sesenta.

En dichos momentos hubo la ebullición de cierto reformismo, y aunque fueron propiciados desde arriba, siempre fueron seguidos por enormes conflictos y retrocesos, que representando la oportunidad para dar pasos audaces en la modernización terminaron por convertirse en crisis de las que el sistema político y social nunca ha conseguido liberarse, al punto de que ellas pasaron a incorporarse dentro del paisaje natural de la sociedad. Todo ello en una coexistencia de la legalidad con la ilegalidad, del *orden* con la *violencia*, según la expresión afortunada de Daniel Pécaut.

Tal coexistencia tiene como efecto la reproducción de los mismos baches sociales, de las mismas desarticulaciones de siempre;

pero también es expresión de la convivencia entre modernidad y premodernidad. No porque el orden represente a la primera y la violencia a la segunda, sino porque esa violencia permanente no es más que la expresión de un proceso lento y fragmentado de modernidad.

Ha sido un proceso en el que un *orden* se descompone sin que se sustituya por otro orden; sin que el supuesto orden sustitutivo impuesto desde las élites pueda difundirse de manera completa y cabal. El reemplazo del mundo hacendatario y colonial por el orden republicano y burgués ha dejado baches. Ha permitido vacíos sociales que han sido llenados rápidamente por la violencia, mientras la mixtura entre las reglas del orden viejo y el nuevo ha hecho brotar una institucionalidad republicana, civilista y democrática, pero mediocre en sus alcances, que se las ha arreglado para compartir sus dominios con esa misma violencia que rebrota siempre con tenacidad en sus *territorios sociales*.

Colombia comparte dificultades en el tránsito a la modernidad con el resto de América Latina. Sólo que en las sociedades latinoamericanas dichas dificultades han sido suplidas o apenas cubiertas por los cambios sucesivos que van del autoritarismo al populismo. Entre tanto, en Colombia lo han sido por el legalismo propio de una especie de "republicanismo oligárquico". El cual convive con la violencia, que asoma sus tentáculos por los intersticios de una sociedad en trance interminable de construcción.

En Colombia, más que un desarrollo de la autonomía, lo que ha habido más bien, es una fragmentación de las esferas sociales. Su transición a la modernidad ha operado por pequeños espasmos.

Sin el sostén posterior de grandes transformaciones. Ha sido, en consecuencia, una



transición a jirones. Ha habido, sí, separaciones entre distintos tipos de relaciones sociales. Ciertamente, hubo disociaciones como resultado de las descomposiciones que iba experimentando el mundo rural. Era la desestructuración del universo comunitario-familiar, sellado por la disciplina que impone la fe religiosa y ajustado por el verticalismo hacendatario. Solo que tales disociaciones sociales y culturales no han sido cabalmente reintegradas dentro de una racionalidad moderna que atraviese las esferas de la sociedad.

En cada uno de los campos sociales, vale decir, el económico, el político, el institucional o el cultural, se ha introducido un principio de lógica racional, dominante solo en apariencia, mientras en la realidad coexiste con múltiples prácticas premodernas, las cuales terminan por viciar el conjunto de la marcha social.

El mercado y la economía

Así, en la esfera del mercado y en la de los negocios se ha abierto paso, desde hace casi 100 años, el principio de la lógica capitalista, al mismo tiempo que al interior de las empresas tomó forma una racionalidad económica basada en la división organizada del trabajo. Sin embargo, este proceso tuvo lugar en condiciones de enorme estrechez del mercado y de articulación tardía y terriblemente asimétrica respecto del capitalismo mundial.

Bajo tales condiciones, prosperó simultáneamente un espíritu parasitario en la competencia económica; espíritu que es, a la vez, derivación perversa del capital financiero y adherencia persistente de unas relaciones hacendatarias del pasado; las que, por otra parte, permitían que se reprodujera una cultura de prácticas *rentísticas*. (Garay: 2002).



La cultura rentista en la economía se ha entremezclado con la racionalidad moderna, restándole vigor a la ampliación del mercado, y de paso propiciando una atmósfera cultural favorable al negocio fácil. Y por consiguiente, favorable al desarrollo de empresas ilícitas que inficionaron el mercado con el espíritu venenoso del capitalismo aventurero. Este último, como dando la vuelta en redondo, ha terminado por apoderarse de las grandes propiedades rúales.

El universo de la representación política

En el campo de la participación política se mueven los partidos, florecen las actitudes con respecto a la representación, y se anudan los lazos de identidad entre los individuos y los partidos o el Estado. En ese campo, hay que reconocerlo, se mantuvieron por muchas décadas los partidos tradicionales como referente obligado para la orientación de las conductas públicas y como canales de socialización secundaria. Eran diferentes a los lugares primarios de socialización, tales como la iglesia o la familia, lo que ya implicaba un cierto comienzo de modernización; sólo que en vez de servir de complemento a estos lugares sociales, los reemplazaron y se



dejaron llevar de sus lógicas y lealtades.

Herederos de las guerras decimonónicas, los partidos pasaron a ser rápidamente los depositarios de los odios heredados, por lo que, durante mucho tiempo, llegaron a ser fuente de identidad primaria cimentada más en la pasión que en el interés. La pertenencia partidista permitía proyectar una identidad de un alcance mayor que aquellas que pudiesen emerger de ese estrecho marco rural y parental, en el que reinaba la autoridad del párroco o del obispo, o la autoridad paterna transpuesta en el “notable” de la región. (Martínez, G.: 2003). En la Colombia de las primeras seis décadas del siglo XX sobresalían las relaciones y la cultura propias del mundo de la hacienda, las cuales, así ésta fuera perdiendo peso en la economía, permeaban las estructuras de unos partidos, que como ya se dijo, obraban en tanto socializadores cuasi-primarios.

De este modo, en los partidos siempre convivieron el discurso republicano moderno, la pasión de la identidad primaria y la relación de clientela. Así las cosas, cuando la pasión bajó, se levantó el interés: (Hirschmann: 1999), pero no ya ligado a partidos que fueran asociaciones de vinculación más o menos libre y voluntaria, sino a la relación clientelista, que comenzó a reverdecer vinculada ahora a los servicios del Estado. Por esta razón, el espíritu de empresario en política, que está relacionado con la racionalidad moderna, terminó vinculado a la reproducción del ejercicio clientelista.

El Estado: racionalidad administrativa y reclutamiento clientelista

De igual manera, en el Estado se impuso una racionalidad administrativa, sobre todo

desde finales de los años sesenta, racionalidad que en numerosos ministerios e institutos ha coexistido con formas de reclutamiento clientelista en lo que se refiere al personal que labora en ellos. Cierta meritocracia ha convivido con el clientelismo. Muchos de los recursos del Estado han sido distribuidos a través de una representación política que opera mediante empresas electorales por la vía de la contra-prestación de favores políticos; por lo que en la administración pública también ha prosperado una especie de patrimonialismo partidista.

No se ha tratado de un patrimonialismo familiar, que invasor de la administración bajo pautas de propiedad privada. No tanto. Pero sí uno de clientela política que interviene en la distribución de parte de dicha Administración. En ella se ensamblan lógicas de eficientismo moderno y lógicas patrimonialistas. (Leal y Dávila: 1990). De este modo, en el Estado también toma curso esa combinación de formas modernas y pre-modernas en la acción humana tanto como en las reglas que la orientan. Combinación a la que no escapa la sociedad civil, zona en la que circulan los intereses y las representaciones culturales y en la que aún de manera difusa y extendida, prospera la exclusión o el privilegio, propios del tradicionalismo pre-moderno, por más que la institución y la ley reconozcan el ejercicio de la igualdad.

Conclusión

En un horizonte de amplitud, en el que se incluyen esferas como el mercado económico y el mercado de la participación política, o el Estado y la sociedad civil, un sobrevuelo permite observar los grandes problemas que afectan la implantación completa de la modernidad. La *racionalidad* que se impo-



ne como principio rector, se contrae a menudo a un simple *racionalismo* tecnocrático y eficientista, mientras que ciertos espacios sociales son ocupados por prácticas premordanas de sesgo clientelista. Esta combinación, funcional quizá para la estabilidad del orden institucional, pero paradójicamente permisiva en espacios favorables al desor-

den y a la violencia, asfixia las posibilidades de una racionalidad *democrática* entendida como una dimensión más amplia e integral. La cual, además del puro eficientismo racional, da cabida a la formación de sujetos emancipados. Dicha racionalidad democrática sigue siendo una necesidad que reclama actores renovados para su implantación.



Referencias Bibliográficas

- Durkheim, E. (1995). La división social del trabajo. Madrid. Caps. 2, 3, 4, 5. Akal.
- Garay, L.J. (2002). Repensar a Colombia: Hacia un nuevo contrato social. Bogotá. Agencia Colombiana de Cooperación – PNUD. p. 92
- Guillen Martínez, F. (2003). El poder político en Colombia. Bogotá. Ed.: Planeta. p.p. 422 – 474
- Hirschmann, Albert O. (1999). Las pasiones y los intereses. Barcelona. Ed.: Península.
- Leal Buitrago, F. – Dávila, A. (1990). Clientelismo. El sistema político y su expresión regional. Bogotá. Ed.: Tercer Mundo
- Marx, C. (1966). El Capital. T. 1 – Cap. 2. México. F.C.E. p.p. 48 – 55
- Negri, T. – Hardt, M. (2001). Imperio. Bogotá. Ediciones desde abajo. p.p. 104 – 114
- Weber, Max. (1967). L'ethique protestante et l'esprit du capitalisme. París. Ed.: Agora (Plon). p.p. 29 – 80
- Weber, Max. (1977). Economía y sociedad. Vol. 1 – Cap. 1. México. F.C.E. p. 20